

A propósito de *El anarquista de las bengalas* de Santiago Montobbio.

José Édgar Salinas Uribe

« Vivir, esa indómita suma de fracasos,
vivir, vivir, ¿ pero qué viejo título de película era éste? »

Montobbio

El 27 de septiembre de 2006, en Barcelona, Santiago Montobbio escribió sobre una hoja blanca, tamaño carta, lo siguiente:

“Querido Edgar: con mucho gusto te mando una copia de “El anarquista de las bengalas”. Espero que disfrutes con su lectura. Me alegraría mucho que escribieras sobre él en la revista. Sería una buena compañía para mi poesía, un fuerte abrazo.” Quizá deba yo corresponder al mensaje de Santiago más o menos en los mismos términos: “Querido Santiago: Mucho gusto me generó el recibir una copia de “El anarquista de las bengalas”. Disfruté con su lectura. Me alegra mucho escribir sobre él en la revista. Ha sido una magnífica compañera tu poesía, un fuerte abrazo.”

Pero con una respuesta así tal vez no me acercaría a lo que esperaba el autor de *Hospital de Inocentes* (de los que Sábado dijo que eran poemas magníficos; a Camilo José Cela le parecieron “hondos y hermosos” y en los cuales Onetti encontró coincidencia con su estado de ser cuando escribe). Aunque si atendemos a la voz de quien escribe estos poemas, es probable que no espere nada de su espera, ni de mí. De modo que me atreveré a figurar un monólogo imaginario en el que Santiago estuviese presente

a través de una especie de falsa ausencia y así compartir con ustedes lo que me provocó la lectura de *El anarquista de las bengalas*.

Al ascender por entre los peldaños poéticos de Montobbio fue inevitable recordar a Ciorán, Shopenhauer y Beckett. La melodía que internamente me formó la lectura de los poemas es semejante a la que generaron aquellos autores, según recuerdo. Y he de robarme entonces las palabras de Onetti sobre la obra de Santiago, a mí también me hizo decir: coincido. Me pregunto entonces si esa sensación que incoa la propuesta poética de Montobbio es radical o le subyace una condición humana previa, visible sólo a quienes se atreven a aceptar que “Nosotros esperábamos jinetes, jinetes no sabíamos de quién, jinetes quizá de nadie/ Alguien tenía que enviar jinetes, eso nos dijeron, por eso los esperábamos. En calmar llagas/ con vendas de silencio matábamos el tiempo. Así/ esperábamos jinetes. Pero/ ya no esperamos. Porque en esto/ se nos fue la vida, pueden/ reírse, en esta escena/ Todo/ era un engaño” como cincela Santiago.

Hay tardes como ésta -en la que imagino que está lloviendo y arroyuelos delgados se dibujan en el maltrecho

José Édgar Salinas Uribe
Director de las revistas *Acequias* y *BuenaVal* de la Universidad Iberoamericana Laguna.
edgar.salinas@lag.uia.mx

pavimento de esta ciudad-, en la que fumo desencanto. Y entonces quisiera decir lo que el también autor de *Los versos del fantasma* ha escrito sobre la vida, esa experiencia que se va y se entierra generalmente sin haber respondido a cabalidad las preguntas que se le plantean. Y no le importa, por cierto, pues siempre habrá quien mantenga vivas las mismas necias preguntas. Te siento cercano, Montobbio, cuando desde “tu ventana oscura” como llamas al primer conjunto de tus poemas, compartes la orfandad del poeta, su tránsito entre el amor y el olvido que convierten, como acuñas, a sus huesos y sus miedos en el centro de su ser.

Motivado por un regalo recibido y que no es éste el espacio para glosar, particularmente me llamaron la atención los poemas que componen el capítulo “El teólogo disidente”. Abres con “Escena”, un poema duro, contundente y apenas comparado en agresividad con el tamaño de la premisa que se cuestiona. Había quienes esperaban jinetes, otros a Godot, y en el colmo de la sordera, hay quienes afirman que es preciso no desesperarse, pues vendrán. No eres tú de estos últimos, pues a decir de los poemas te inclinas a creer que tejer ilusiones es perder tiempo. Yo no sé si hayamos encontrado algo mejor que hacer ante nuestra terrible falta de voluntad

para aceptar otras versiones del canto de los huérfanos, ¿tú que crees, Santiago? Me encantó eso de la literatura “como forma de tomarle el pulso a las miserias”.

En uno de tus poemas nos enfrentas ante un dios que encontraste arropado por el frío según consignaba su dentadura desnuda. Un Dios similar nos descubrieron hace algunos años ciertos religiosos que aún no alcanzo a afirmar si fueron “teólogos disidentes” o “disidentes teólogos”, de los cuales quedan pocos a pesar de que la disidencia sea hoy tan necesaria como entonces en este lado de la vida, querido Montobbio. Y en efecto, hay momentos del ser en que sólo atinamos a balbucear que somos sino nada, como tu poema dibuja: “hacía tiempo que habíamos muerto pero/ como se olvidaron de decírnoslo/ nos pasamos unos años/ creyendo que vivíamos”.

Fue una grata compañía tu poesía, sin duda. Porque con su voz, me permitiste pasar buenos ratos escuchando valiosos fragmentos de la confesión del silencio, que tan atinadamente nos compartes.

De *El anarquista de las Bengalas* recomiendo agregar a su lectura una charla entre el lector y su autor, no importa que sea imaginaria, será gratísima. Enhorabuena, Santiago. ♣